

## **A los bautizos ya no vienen viejos**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Si algo cambia con la edad es, precisamente, la percepción de la edad. Un niño de siete años le puede decir “señor” a un adolescente. Éste, en cambio, sólo usaría esa palabra para dirigirse a personas por encima de los treinta cinco años. Éstas, a su vez, quizá vean como viejos a quienes pasan de cincuenta y cinco, y al contrario, algunos de éstos podrían pensar que están llegando a un umbral donde tendrán la posibilidad de capitalizar su experiencia, o de disfrutar la vida haciendo lo que quieran y no lo que tengan o deban hacer.

Pero más allá de las perspectivas individuales según donde nos encontremos en el ciclo de la vida, la percepción de la edad refleja también patrones culturales de cada sociedad. Por ejemplo, en el Japón tienen muy claro el dicho de que “más vale un diablo por viejo que por diablo”, y por ello acumular años se convierte en un medio para conseguir experiencia y madurez. No extraña, por ende, observar relevos en puestos de alto rango en los ámbitos de público y privado, donde la estafeta se pasa entre personas cuya edad promedio bien rebasa los cincuenta años.

En la cultura occidental ocurre lo contrario. Las canas y las arrugas suelen restar más que sumar. Sobretudo en una sociedad consumista, donde el bombardeo publicitario establece falsos paradigmas con base en las oportunidades comerciales que explota. Así, los jóvenes, cuya situación particular los convierte en apetitoso objetivo, son los protagonistas de anuncios donde disfrutan las bebidas, los autos, los viajes y la última banalidad tecnológica, al tiempo que se enfatiza abierta o veladamente, la idea de que sólo la juventud se asocia a atributos como dinamismo, energía, atrevimiento, visión que, inevitablemente, se pierden con al edad.

No extraña que este enfoque ya transformado en una necesidad de consumo, se manifieste socialmente en la obsesión por verse – que no conservarse – joven, y con ello se financie la industria del no envejecimiento: Miles de millones de dólares se gastan anualmente en cirugías que planchan y estiran pieles, implantes que inflan pechos y nalgas, tratamientos que componen cachetes y tintes que ocultan las canas sin importar la ideología de la cabeza a la que pertenezcan. Ahí están, tan orgullosos del color de su cabellera como de la pertenencia a su partido, muchos de nuestros diputados que gustosos ponen parte de su dieta al servicio de dicha industria. Ellos también se han contagiado del miedo que la publicidad nos ha inculcado respecto a envejecer.

Paradójicamente, mientras nos empeñamos en realzar los valores de la juventud en menosprecio a los de la madurez, la edad de la población mexicana va aumentando como resultado de dos fenómenos paralelos. Por un lado, la tasa de natalidad ha ido descendiendo y, por el otro, la esperanza de vida, producto de los avances tecnológicos, marcha en sentido opuesto. Ahora la edad promedio del mexicano es de 28 años. Al final del gobierno de Calderón será de 30 y cuando concluya la siguiente administración en 2018 rebasará los 33 años.

Al analizar estas cifras y contrastarlas con los perfiles que muchas empresas establecen para fines de reclutamiento, no se logra entender, más allá del prejuicio y la ignorancia, que sigan estableciendo la edad de 35 años como el límite máximo de contratación. Si se continúa con esta idiotez, que además es claramente ilegal por discriminatoria, en poco tiempo la mitad de la población se convertirá en material de desecho.

Es evidente que los cambios demográficos nos obligan a trazar nuevas coordenadas respecto a la forma como percibimos el ciclo de la vida, porque esto es un paso indispensable para entender sus implicaciones. Simplemente pensemos, que si bien es cierto que vivimos por un tiempo más largo, esto es gracias al avance de la medicina, lo cual requiere inevitablemente el uso de recursos. Por ello el verdadero pasivo laboral en varias entidades públicas no son las pensiones, sino los gastos médicos de los pensionados que son más difíciles de prever y, sobretodo, de fondear.

Por el contrario, si socialmente no hacemos un esfuerzo por aclararnos a nosotros mismos lo que significa el alargamiento del ciclo de vida, sus consecuencias previsibles y la forma de enfrentarlas, seremos tan ingenuos como ese fulano que le dijo a su compadre — Oiga, ya se dio cuenta que a los bautizos ya no vienen viejos. Incrédulo, el compadre respondió — No se haga tarugo, ahora los viejos somos nosotros.